que milagrosamente habia alimentado en el desierto, se apiñaron al rededor de Jesús para besar la orla de su vestidura; y de en medio de esta multitud, un adolescente, bello como el último hermano de los serafines, el mismo á quien en las puertas de Naim (1) despertó Jesús del sueño eterno, le tendió los brazos exclamando: «No, tú no eres un simple mortal; eres el Hijo de Dios. Esta mano, tan ardiente ahora por tocar la orla de tu vestido, estaba entonces helada; estos ojos, que lloran de alegría al volver á verte, estaban cerrados; mi alma, que se presenta ahora á tí para adorarte, ya no me pertenecia. Ya llevaban á la fria mansion de la muerte al jóven que apenas habia entrado en la vida. Una sola palabra tuya hizo volver á mi alma; el sentimiento y el calor reanimaron mis miembros; mis ojos vieron á mi desolada madre, la Tierra, el Cielo, y ya no se llevó á la mansion de la muerte al jóven apenas entrado en la vida. ¡No, tú no eres un simple mortal; eres el Hijo de Dios!»

«Pero ¿á qué referiros lo que sabeis? Todos estábais presentes, teneis ojos para ver y oidos para oir; solamente vuestros corazones están cerrados: de ellos habeis alejado todo sentimiento humano, y quereis cubrir con el manto de la religion las malas pasiones que os animan: ¡quereis inmolar al más virtuoso de los hombres bajo el pretexto de dar á Dios una prueba de respeto y amor!... ¡Amor sagrado de la Divinidad; religion santa y dulce, hija de Dios, hermana de los ángeles, madre de todas las virtudes ¡bella eres como tus augustos hermanos, y benéfica como Dios tu padre, cuando en un rayo del Cielo desciendes á un noble corazon.

(1) Ciudad de Palestina. Entrando en esta ciudad hubo de encontrar Jesús el cortejo fúnebre del hijo único de una pobre viuda, y compadecido de las lágrimas de la afligida madre, resucitó al adolescente.—*Evangelio de San Lucas, cap. VII.*

Pero cuando te envuelves en una nube negra como la noche eterna, exhalando el espanto, como el vapor de sangre de una víctima inocente; cuando tus piés se hunden en el abismo, mientras tu frente amenaza al Cielo; cuando tu brazo armado de una espada homicida se cierne sobre los altares que has cargado de cadáveres; cuando tu mano arrebata á la justicia eterna el rayo de que ella sola sabe y debe servirse; cuando el crímen te inspira sus horribles proyectos; cuando el ódio marca los latidos de tu corazon, ¡oh! entonces no eres sino una creacion monstruosa del espíritu del mal, una sacerdotisa del Infierno.

«¡Pides la muerte de aquel sin el cual no existirias, de aquel cuya gloria has cantado antes de haber sido arrojada sobre la Tierra para ser desconocida y blasfemada como él! No, no; tú no quieres la muerte del pecador; la sangre te causa horror...

«¡Religion santa y dulce, hija querida del Eterno, mensajera de paz y bendicion, nueva alianza de Dios, presentimiento de la eternidad! por tí siento yo vivir mi alma, y por tí me prosterno ante la majestad suprema. ¡Ah! cuanto más te revelas á mis ojos, santa y consoladora religion, más piedad siento hácia estos hombres que me rodean y escuchan sin comprenderme.

«Sacerdotes y padres de Jerusalem, levantaos de vuestra abyeccion, abrid vuestros corazones á los sentimientos de humanidad, y esto os bastará para distinguir el crímen de la virtud. Poco importa á Jesús ser reconocido de vosotros, puesto que su padre le reconoce. Si le condenais, los serafines, colocados á su alrededor, entonarán cantos de triunfo, y el Eterno le mirará sonriente desde lo alto de los Cielos. ¿Qué somos sino pobres gusanos, nosotros, que, revolviéndonos en el polvo de la corrupcion, osamos inmolar á nues-

tros hermanos para satisfacer nuestras miserables pasiones? Y ¿qué seremos, cuando, el dia del último juicio, llame Dios á sus escogidos, sin que oigamos pronunciar nuestro nombre? En vano será que entonces pidamos á la Tierra que nos reciba en su seno; á las montañas, que se precipiten sobre nosotros; á las olas del mar, que nos traguen, á fin de sustraernos á las miradas de nuestras víctimas y á la cólera de nuestro juez.

«¡Imágen terrible del juicio final, tú sostendrás mi valor, cuando Jesús me dirija su mirada moribunda!... ¡Su mirada moribunda! A este solo pensamiento se hiela mi corazon, el alma se me arranca, y una espada de dos filos pesa sobre mi cabeza. Demasiado habré vivido para verte morir, á tí, á quien tantas veces estreché en mis brazos, cuando no eras más que un débil niño. Pero ya tu sabiduría superaba la la ciencia de nuestros viejos doctores: en pié, al rededor de tí, te escuchaban con admiracion; y legiones de ángeles celebraban entre sí los beneficios de tu misterioso destierro. Ya hombre, has resucitado muertos; tu voz ha mandado á la tempestad, y la tempestad ha obedecido, y las olas del mar se han inclinado ante tí, y sus espumosas montañas se han trocado en una llanura apacible, y tú has andado sobre esta llanura, y los Cielos han sostenido y contado tus pasos.

«Los hombres quieren que mueras. ¿Lo quiere tambien tu Padre? ¡Oh! entonces no me queda más que ir á mezclar mis lágrimas con el agua santa de la solitaria fuente de Bethlem, donde María te dió esa vida de un dia, triste herencia de los hijos de Adam: allí quiero llorar tu muerte, y quiero morir allí. ¡Que el mismo instante marque tu fin y el mio! ¡que tus huesos y los mios duerman en un mismo sepulcro, y que juntos se despierten á la vida eterna!»

Y prosternándose en medio de la sala del Consejo, exclama levantando al Cielo los brazos:

—«¡Juez del Universo! dígnate llamarme á tí: soy inocente del crímen que va á manchar á Jerusalem. ¡Jesús de Nazareth, más antiguo que Abraham, eterno como tu Padre! me prosterno ante tí, y te adoro: ¡tú, tú eres mi Dios! Acuérdate, Dios mio, el dia del último juicio, de que yo he sabido leer tu divinidad á través de tu vaso de polvo.»

Levántase luego, mira á su alrededor con la benevolencia y serenidad de un serafin, y se vuelve hácia Filon.

—«Filon, le dice, tú has llamado sobre mí las maldiciones del Infierno, y yo llamo sobre tí las bendiciones del Cielo: hé aquí lo que me ha enseñado el Dios que acabo de adorar delante de tí. Una palabra me queda que decirte, ¡oh Filon! Cuando en tu última hora veas correr ante tus ojos la sangre del Mesías, terrible como el torrente Cedron; cuando, en medio del rumor de ese torrente de sangre vengadora, oigas el paso de hierro del Juez supremo; cuando sientas la terrible espada golpear la balanza en que se pese tu parte de eternidad; cuando te retuerzas en el polvo ante el Dios que ahora desconoces; cuando tus ojos, velados por las últimas lágrimas de la agonía, pidan una gracia, que tu alma torturada por los remordimientos no ose ya esperar... ¡oh! entonces, ¡que el Dios de las misericordias te oiga y te perdone!»

Dijo, y atravesó lentamente la sala del Consejo.

Josef de Arimathea va á su lado.

Ithuriel, siempre invisible, agita sus suaves alas, y los sigue con silencioso vuelo. Una celestial sonrisa brilla en el semblante del serafin; sus ojos irradian de alegría, y su pensamiento se divide entre el Cielo y la Tierra. De este modo sonrie el ángel encargado de velar sobre dos amantes que se aman con un amor puro y noble, cuando los sigue á la co-

lina donde se confian sus inocentes secretos y su dulce ternura; porque ve al mismo tiempo al divino Elohá, en pié cerca del trono del Eterno; oye la armonía celestial de su arpa de oro, que promete á las almas virtuosas la única felicidad digna de ellas, la de hallar en la eternidad los objetos que amaban sobre la Tierra.

—«¡Dichosa especie humana! dijo Ithuriel: veo las brillantes coronas que te prepara la muerte del Mesías. Sí, muy en breve los hijos de Adam, bajo el dulce nombre de cristianos, serán piadosos y buenos como Nicodemus, ese modelo del justo.

Satanás se estremece de terror, porque comprende el pensamiento del ángel, y presiente el triunfo cercano de los habitantes del Cielo.

Antes de pasar el umbral de la puerta del Consejo, Nicodemus se vuelve á Josef de Arimathea, y le dirige estas palabras:

—«¿Por qué, mi querido Josef, has guardado silencio? Tu abnegacion por Jesús ¿no será ya á tus ojos más que una debilidad que no puedas confesar sin rubor?»

Arimathea deplora en el fondo de su alma la timidez que ha paralizado su lengua, y la reconvencion de su amigo pone el colmo á su dolor. Triste y pensativo, le deja en silencio, y eleva los ojos llenos de lágrimas al Cielo, desde donde Dios ve la piedad y la pureza de su alma.

Los sacerdotes y los ancianos quedan allí en muda consternacion. Llamando á la impiedad y á la corrupcion en su auxilio, ahogan el sentimiento que les dice que Nicodemus acaba de marcarlos con el sello de la reprobacion, no para esta vida efímera, sino para la vida eterna. En aquel dia terrible, el estigma del alma se abrirá como una herida sangrienta para siempre, y la voz secreta que Dios ha puesto

en el corazon de cada uno de sus hijos, vendrá á ser el juez y el verdugo; porque la mentira y la hipocresía no podrán forzarla al silencio.

El sanhedrin iba á disolverse, cuando Judas Iscariote solicita vénia para entrar. Un prolongado murmullo de sorpresa acoje al discípulo del Justo, cuya sentencia de muerte acaba de ser pronunciada en el pensamiento de cada uno de los miembros del Consejo.

Lejos de turbarse viéndose objeto de la atencion general, Judas se cree un personaje importante; se adelanta hácia el gran sacerdote, y le habla en voz baja. Caifás le escucha sonriendo con la más viva satisfaccion.

Cuando el discípulo acaba de hablar, Caifás levanta la cabeza, pasea una mirada de triunfo por el Consejo asombrado, y dice:

—«Regocijaos, sacerdotes y ancianos; aun hay en Israel hombres que no doblan la rodilla ante el ídolo. Este que veis á mi lado es un discípulo del Nazareno, y sin embargo, tiene el valor de permanecer fiel á la ley de Moisés. Merece una recompensa, que ha de recibir ahora mismo.»

Iscariote se aleja embriagado de orgullo, porque acaba de verse elogiado públicamente. El dinero que recibe no corresponde á su esperanza; pero se consuela, creyendo que solo se espera á que haya entregado á su maestro para prodigarle riquezas y dignidades.

El alma altiva de Filon se rebela al saber que un hombre del pueblo entra con él á la parte en el honor de asegurar la muerte de Jesús: sin embargo, le anima con una sonrisa de aprobacion á llevar á cabo su traicion, y le sigue mucho tiempo con la vista.

Cuando el conquistador corre al combate, la sombra del primer asesino le precede, y le repite que la crueldad deli-

berada es la virtud del héroe, y la humanidad compasiva el defecto del cobarde. Después, este fiero fantasma hace vagar al rededor de él sueños brillantes, que le coronan de laurel, representando el honor inmortal de la victoria. Bajo esta fascinacion, el conquistador se siente feliz mandando el exterminio; y el bramido de las bocas de bronce, que vomitan la muerte bajo mil formas diferentes, le parece una dulce armonía. Sordo á los lamentos de los heridos, á los suspiros de los moribundos, olvida que él tambien ha sido invitado por el Salvador al pacto de amor y caridad, y que para él tambien sonará la trompeta del juicio final.

Así Judas Iscariote, acompañado de los funestos votos del fariseo, y abismado en las seductoras ilusiones del orgullo, busca por las calles de Jerusalem á Jesús, que en aquel momento sube el valle del Cedron, donde la alta palmera extiende su sombra por encima de la espuma del torrente.

El divino pensamiento del Mesías, salvando las barreras que limitan la inteligencia humana, ve á Jerusalem y su templo; ve el Consejo de los sacerdotes y ancianos, muchos de los cuales serán muy pronto los primeros cristianos.

Volviéndose luego á sus discípulos, que le siguen en silencio, les dirige estas palabras:

—«Ved ahí ante vuestros ojos á la desgraciada Jerusalem: los mios han dejado de llorar sobre ella. Mirad los sepulcros en que duermen tantos mortales virtuosos, á quienes mató Jerusalem; pero, entre sus hijos vivos, hay muchos que vendrán á mí, y serán un dia con vosotros mis testigos para los tiempos venideros. Estos tiempos se acercan: ejecutemos con calma y confianza los decretos de mi Padre: dentro de poco, fieles amigos mios, todo os será revelado. Pedro, y tú, Juan, precededme los dos á la ciudad: en ella encontrareis un jóven con un cántaro de agua, el cual os mirará con

benevolencia, porque os ama. Seguid sus pasos, entrad con él en la casa en que entre, y decid: Jesús nos envia á este lugar para celebrar en él la Pascua. Y el dueño de la casa, hombre piadoso y pobre, os introducirá en una estancia preparada ya para recibirnos.»

Los dos discípulos parten, y todo sucede como el Mesías les habia anunciado.

Mientras el dueño de la casa hace asar el cordero pascual, Pedro sube á la azotea, y dirige con inquietud sus ojos hácia el camino de Betania (1). En lugar del maestro á quien espera con ansia, divisa á María y algunos de sus amigos. Hace muchos dias que está privada de la dicha de ver á su hijo: su pálido semblante conserva aun indicios de lágrimas recientes; pero este vivo dolor no ha oscurecido la celestial auréola que la rodea, sin ella saberlo. María debe su encanto sobrenatural á la pureza de su corazon, que hasta ignora la existencia de las inclinaciones vituperables: tal sería la herencia de todas las hijas de Eva, si Eva hubiera conservado su inocencia.

Lázaro va al lado de la madre de Jesús; Lázaro el resucitado: su mirada se arrastra por la tierra, pero su pensamiento pertenece al Cielo: ese pensamiento le recuerda el instante en que, sacudiendo las cadenas de la muerte, se levantó del polvo, y compareció ante el Mesías con el santo estremecimiento que causa el aspecto de la Divinidad. Seguro en fin de su inmortalidad, su semblante lleva el sello de la calma sublime que pinta la última sonrisa del cristiano moribundo, y que no podria explicar ninguna lengua.

María Magdalena (2), la amiga de Jesús, la hermana de

(1) Pueblo en las cercanías de Jerusalem, de que se habla con mucha frecuencia en los Evangelios.

(2) Es la misma que, después de haber derramado perfumes sobre los piés

Lázaro, los sigue de cerca. El pensamiento de la ingénua jóven flota entre Natanael (1), su amado, llamado el *Leal* por el Mesías, y su piadoso hermano. Desde que le vió levantarse de entre los muertos, la vida no le parece más que un sueño misterioso. Un secreto presentimiento le dice que, para ella, este sueño toca á su fin, y la mortal palidez de su bello semblante se lo revela á sus jóvenes compañeras. Muchas veces le hablan estas con tierna solicitud de su delicada salud, y entonces se ve brillar en sus ojos una lágrima involuntaria y piadosa como la de un ángel, una lágrima de pena por su hermano y por Natanael. Con una bondad angélica presta Magdalena el débil apoyo de su tembloroso brazo á la tímida Cidlia, la hija de Jairo (2). Doce veces apenas habia visto la tierna doncella florecer el almendro, cuando escapándose del ruidoso banquete de la vida, habia ido á dormir al campo del reposo eterno. Jesús la ve, oye los gemidos de su afligida madre, y despertó á la hija.

Bajo el sagrado aliento de la resurreccion, su juventud y su belleza se han desarrollado con la rapidez de una flor que bebe su vida en un suelo ardiente; pero un reflejo de la eternidad ennoblece esta belleza precoz, y corona su nueva vida con palmas inmortales. Solo ella ignora el

---

de Jesús, permaneció de rodillas ante él, escuchando sus lecciones. Su hermana Marta, atareada en los cuidados domésticos, le vituperó aquella inaccion aparente. Pero Jesús dijo á María Magdalena, que solo una cosa le era necesaria, y que habia elegido la mejor parte.—*Evangelio de San Lucas, capítulo X.*

(1) Este jóven israelita rehusó por mucho tiempo seguir al Salvador, porque creia *que no podia venir nada bueno de Nazareth.* Felipe le decidió á ir á escuchar á su maestro, y desde aquel momento vino á ser uno de sus amigos más celosos. *Evangelio de San Juan, cap. I.* Natanael es uno de los fieles designados en los *Hechos de los Apóstoles*, bajo el nombre de *los Setenta.*

(2) La hija de Jairo no tenia más que doce años cuando Jesús la resucitó. —*Evangelio de San Lucas, cap. VIII.*

encanto que la rodea y el tesoro de amor que encierra su noble corazon.

Tal era Sulamita, la más bella de las hijas de Israel, cuando, hácia el fin de una calorosa tarde de Estío, se durmió bajo el manzano que la habia visto nacer, y despertada por la voz de su madre, la siguió bajo la espesa sombra de los árboles de la mirra. Allí se detuvo en medio de una nube de dulces perfumes, y aspiró el amor puro y celestial que abrasó su alma: allí aprendió á suspirar en ardientes cantos por el noble jóven digno de responder á los santos estremecimientos de su corazon amante (1).

Tal marchó Cidlia, apoyada en el brazo de María Magdalena y seguida de Sémida, el huérfano de Caim.

Sémida es hermoso como David, cuando, sentado junto á la fuente de Bethlem, escuchaba con arrobamiento la voz del Eterno (2); pero no sonrie como sonreia David, pues para él, como para la jóven Cidlia, no es ya la vida más que un misterioso destierro, desde que ambos durmieron el sueño de la muerte y fueron despertados por el Mesías.

Los dos discípulos salen á recibir á María, y la acojen con un tierno respeto mezclado de sorpresa. Nunca el reflejo de divinidad que el Mesías habia impreso en el vaso mortal de su madre, habia mostrado más esplendor.

El monte de las Olivas ha sido más de una vez santificado por la presencia del Hijo del hombre; Sion, orgullosa de su gloria, reposa con una majestad imponente bajo la mirada

---

(1) Alusion á la Sulanita cantada por Salomon.—*Cantar de los Cantares.*

(2) Todo el mundo sabe que, para evitar la cólera de Saul, se vió David en la necesidad de ocultarse en lugares solitarios. Mientras procuraba sustraerse así á sus enemigos, solia consultar con el Eterno, quien se dignaba trazarle la línea de conducta que habia de seguir. Á esta situacion de David, cuyos pormenores pueden leerse en el libro 1.º de Samuel, alude Klopstock en este pasaje.

protectora del Eterno, y la noble cabeza del Mória levanta con justo orgullo á las nubes el santuario de Dios; pero entre todas las santas montañas de la Palestina, el Tabor será siempre el más santo, porque está predestinado á ser el dichoso testigo de la transfiguracion del Mediador. Así María supera en virtud y en celestial belleza á todas las mujeres de Israel.

María acaba de entrar en la sala del festin: sus ojos, después de buscar en vano á Jesús, se bajan tristemente hácia la tierra; y luego, sonriendo á Juan á través de las lágrimas, que inútilmente quiere ocultar, le dirige así la palabra:

—«¡Oh Juan! Yo te suplico, dime dónde está el que yo llevé en mis brazos, el que tantas veces reposó en mi seno con el abandono de la ternura filial. Y sin embargo, yo no me atrevo á llamarle mi hijo, porque es demasiado grande y sublime para ser hijo de una madre mortal. Hace dias que le busco en vano para rogarle que no entre en Jerusalem, esta ciudad antes santa, ahora impía y furiosa. Quieren quitarle la vida al profeta que he llevado en mi seno, al que contemplé con lágrimas de alegría cuando no era más que un débil niño.»

Juan contesta con dulce emocion:

—«Tranquilízate, María; no tardará en venir aquí, á donde nos ha enviado á preparar el cordero pascual. Espérale, y tú misma le expresarás tus amorosas inquietudes, madre digna de semejante hijo.»

Cidlia se apoya más fuertemente en el brazo de la hermana de Lázaro: un temblor involuntario la agita, porque Sémida se ha acercado á ella. Sus miradas se han encontrado; pero al instante las han bajado á la tierra, confidente muda de los secretos sufrimientos que llevan impresos

en sus semblantes. El misterio de su nueva existencia los ha colocado por encima de todas las flaquezas humanas: comprenden que la vida terrenal no debe tener ya encantos para ellos, y miran como un crímen el amor que en otro tiempo los unia; porque, en su abnegacion absoluta por el Mesías, quisieran no amar más que á él, ni abrigar pensamiento ni deseo de que no fuera él exclusivamente objeto. Temen encontrarse y se evitan; temen comunicarse los piadosos temores que les hacen evitarse, y la vaga esperanza que les promete la felicidad eterna en el lazo ideal que, á pesar de ellos, confunde sus almas en los mismos pensamientos, en los mismos sueños y deseos. Su tierna inquietud por el Mesías acaba de reunirlos, y no osan hablarse; ninguna lengua humana podria expresar lo que ellos sienten: solo sus pensamientos se entienden (1).

—«Por mí, dice interiormente Cidlia, por mí se consume su vida en esa languidez. ¡Sémida mio! ¿He merecido yo que tú me ames así? Mi alma te pertenece; yo deberia aprender de tí cuán bella es la vida. Yo quisiera amarte como las hijas de Jerusalem amaban en tiempos de nuestros padres. Semejante al dócil cordero que el jóven pastor conduce al prado, quisiera yo seguir tus pasos; quisiera yo dilatarme en tu seno como la rosa del valle se abre á los primeros rayos del dia; quisiera ser tuya, amarte eternamente... Pero al verme salir de los brazos de la muerte, mi madre me ha consagrado al solo amor del Eterno. ¡Madre imprudente! ¿por qué te ha arrancado la gratitud este voto sacrílego?... ¡Calla, hija rebelde! Obedece sin pesar la voz de tu madre, ¡la voz de Dios! Has sido resucitada, y per-

(1) El amor de estos dos jóvenes resucitados es una ficcion del poeta; pero es tan bella y tan pura, que los espíritus más ortodoxos se la perdonarán sin dificultad al piadoso cantor del Mesías.

teneces muy poco á la Tierra para darle hijos mortales. Sémida, ¡oh Sémida! estoy resignada..... lo estaria al menos, si viera renacer en tus labios la sonrisa; si por un solo instante pudiéramos volver á aquel tiempo dichoso, en que no conocíamos más lágrimas que las lágrimas de alegría, cuando yo no dejaba los cariñosos brazos de mi madre, sino para ir á los tuyos... ¡Vana esperanza! Soy resucitada.»

Así piensa Cidlia; y para ocultar las lágrimas de que sus bellos ojos rebosan, baja el velo virginal que flota sobre sus hombros.

Viendo esto, Sémida no tiene fuerzas para dominar su dolor, y sale precipitadamente de la estancia.

—«¡Llora! dice: ¿por qué llora Cidlia? ¡Bellas y dulces lágrimas! ¡Ah! Si una sola de ellas corriera por mí, acaso encontrara todavía la felicidad! Mi existencia misteriosa es siempre un pensamiento único: tú, Cidlia mia, tú; tú eres inmortal en mí. Noble soberana de este cuerpo perecedero, imágen del Creador, heredera de la eternidad, alma; si así fuiste llamada en efecto cuando saliste de los labios del Creador, yo te pregunto, habla, aclara las tinieblas de mi destino, disipa esta profunda oscuridad que me rodea: estoy cansado de consumir mi vida en quejas inútiles. ¿Por qué, cuando mis labios pronuncian la palabra eternidad, forma mi cabeza pensamientos desconocidos, pensamientos grandes, sublimes, palpitantes de felicidad y de amor? ¿Por qué los dulces acentos, las tiernas miradas de Cidlia, que acaso ha salido del sepulcro para no morir jamás, hacen nacer en mi corazon sensaciones fuertes, embriagadoras, pero puras como la inocencia, nobles como la sabiduría? Y cuando me digo: Cidlia ha dejado de amarme, el dolor me envuelve con sus sombrías alas, y me lleva cerca del sepulcro que se

habia hecho para mí, y escucho su lúgubre silencio... Después gimo como la paloma fiel que ha perdido á su compañera. A veces pido tambien al Eterno valor para olvidar á la celestial doncella que debia pertenecerme. ¡Vanos esfuerzos! Una voz, sin duda divina, cuando tan dulce es, me ordena amar siempre á mi Cidlia.

«¡Qué inefable felicidad henchia mi corazon, cuando me era aun permitido creer que habias sido creada para mí! Suave pensamiento, quiero saborearte de nuevo. ¿No fuiste tú quien me hizo en otro tiempo dócil á los tímidos acentos de la virtud y á las severas leyes del deber? ¿No fuiste tú quien me hizo comprender que la más ligera falta me haria indigno de mi Cidlia? Sí, Cidlia mia; llevado en alas de tu inocencia, me sentia mejor. Pero cuando te dormiste con ese sueño terrible que llaman muerte, me encontraba solo en la Tierra y sin fuerza para el bien.

«En nombre de la virtud y de la felicidad; en nombre de tu belleza, y lo que es más sagrado aun, en nombre de tu resurreccion y de esa inmortalidad con que brillas entre las vírgenes de Israel, como una estrella misteriosa lanzada por la mano del Eterno en medio de los apacibles astros de la Via-láctea, Cidlia mia, tu corazon ¿ha podido separarse del mio? El Mesías te ha resucitado, y á mí tambien; los dos acaso estamos reservados para grandes destinos... ¡Esperanza audaz, deseo temerario, huid de mí! Este amor que llena mi alma es demasiado ardiente para ser puro... No, no, yo no puedo amarte demasiado, Cidlia: no es esta miserable existencia, es la vida más noble que no conoce la muerte, la que yo quiero compartir contigo, á fin de que me enseñes á adorar dignamente al que ha creado el Universo, á quien te ha creado á tí, ángel querido.

«Pero ¿es este el momento de abandonarme á pesares

que solo afectan mi corazon? Jesús está en peligro; tal vez su vida está amenazada. ¿Podrá morir el profeta divino que manda á la muerte; que me ha resucitado? ¿Cuántas veces no se ha librado ya del insensato furor de los impíos que osan perseguirle? No importa: á él solo pertenecen todos mis pensamientos, y él, solo él debe ocuparme.»

Así piensa Sémida. Abismado en profunda meditacion, se acerca al lugar de los sepulcros, y se detiene ante uno recientemente abierto en la roca. Está vacío y lo reconoce: fué hecho para él, y la destruccion le esperaba cuando fué llamado á la vida por la voz del Mesías.

Los nobles y piadosos pensamientos, que la vista de este sepulcro despierta en su alma, le alejan completamente de la Tierra; por lo cual promete de nuevo consagrar la existencia casi sobrenatural que le anima á su divino bienhechor.

Los amigos de Jesús, que quedaron en la sala del festin, esperan su llegada en un triste silencio. María especialmente no puede dominar su inquietud.

—«¡No viene! exclama: voy á buscarle. Si sus enemigos no le han inmolado ya á su odio sanguinario, si vive aun mi hijo amado, quiero contemplarle aun: animada por la dulce majestad de su mirada, abrazaré sus rodillas. María Magdalena, arrojándose á su piés, halló gracia ante él, y sin embargo no es su madre. No ha de rechazarme á mí; bien me escuchará, cuando le diga: Por las primeras lágrimas que derramaste en esta tierra; por las alegrías celestiales que inundaron mi alma, cuando los ángeles vinieron á adorarte á tu pobre cuna; por aquel supremo instante en que, después de buscarte muchos dias, te encontré en el templo rodeado de doctores, cuya vieja ciencia se humillaba ante la sabiduría divina del tierno niño; por el Espíritu Santo que en tí habita y te hace el bienhechor de la humanidad, ten compasion de tu madre, y prométele que vivirás.»

Y pronta como el pensamiento, cuando se levanta al Cielo que lo ha inspirado, María corre al camino de Betania, por donde su hijo habia de pasar.

Jesús la ve, no con sus ojos mortales, sino con esa mirada divina que le revela el pensamiento de los serafines, y le hace ver hasta el átomo que nace ó muere en la creacion.

—«Sí, María, contesta: tendré piedad de tí; nadie como tú hallará gracia delante de tu hijo, cuando haya resucitado.»

Así piensa el Mesías; y para evitar el encuentro de su madre, toma un camino extraviado: sus discípulos y los ángeles invisibles que le acompañan, le siguen en silencio.

Al llegar cerca del Gólgota (1), se detiene Jesús ante un sepulcro, que Josef de Arimathea habia mandado hacer en una roca solitaria. En este sepulcro queria Josef que se depositaran sus restos, porque su pensamiento pertenecia aun demasiado á la Tierra para que pudiera adivinar qué santuario habia hecho construir y qué muerto dormiria en él.

Abismado en una profunda meditacion, el Hijo del hombre, lleva alternativamente sus miradas de este sepulcro á la colina del Gólgota, envuelta ya por el crepúsculo de la tarde.

«Huyen por fin los últimos esplendores del dia, y con ellos las penas y amarguras de la vida, dice para sí el Mesías: la noche y el sueño reparador llegan con la embalsamada brisa del Poniente, y las sombras de las nubes desplegan sus velos fantásticos por encima del Gólgota. Monte

(1) Colina extramuros de Jerusalem, donde se hacian las ejecuciones de los criminales, cuyos restos se abandonaban á las aves de presa. Esta colina, llamada tambien *Calvario*, se designa muchas veces en los Evangelios bajo la denominacion del lugar de suplicio.